LA TIMIDEZ DE ARMANDO

ENCAJONADO el rostro en su cofia de listones, con rehiletes a los lados como orejeras de potrillo, desde su primera semana la madre lo exhibió como una curiosidad.

Las vecinas lo pasearon de mano en mano; le hicieron minuciosa revisión de los pañales, de la camisa deshilada, de la chambra de madroños, del babero condecorado con rositas rococó y de los zapatos hechos de tul espuma. Después de escudriñarle los interiores como a nuez suculenta, todo acompañado de arrumacos, y movidas, y onomatopéyicos sonidos, que en el infante promovían mil pucheros, opinaron que se trataba del bebé más adorable del mundo.

Las pruebas con terciopelo, con sombreros de paja, y con plumas de perico, demostraron que las hojas de lechuga, con que rociaban el baño, eran las que fomentaban su color apitahayado.

La madre movía al niño durante la noche para comprobar que no estaba muerto, o hacía ruidos inesperados para que la criatura, a saltos, diera prueba de que no era sorda. Su fervor al deporte maternal hería de besos mejillas y muslos del chamaco que enloquecía de histeria.

Hasta los siete años, por esmero materno, lució melena rubia llena de cairelitos que lo hizo del todo desgraciado.

Mamá se ponía muy contenta cuando alguien festejaba al bebé como a una niña.

Mordíale feliz los cachetes para sacarle chapas y, llena de orgullo, parecía gritar a las comadres, señalándose el vientre, como aquellas impetuosas matronas espartanas: "Aquí tengo el molde."

El niño se consolaba haciendo en la pared agujeritos para roer el yeso de los muros. Más grande, cuando le dio aquella fiebre, se acabó un santo de barro oloroso; empezó devotamente por los pies benditos y siguió escaleras arriba hasta la aureola.

Según el decorado con que madrugaba la imaginación de su mamita él luciría ropas de hombre o de mujer.

Quizá su malograda vocación de corista la obligó a confeccionarle aquellos extravagantes disfraces. No había semana que el hijo no sufriera alguna transformación: de niño Jesús a Pierrot; de rey negro, para la misa de gallo a china poblana para alguna kermés. Estas metamorfosis lo tenían enflaquecido, con la angustia del "sobresaliente" que teme ocupar un puesto inesperado.

En trajes y retratos su madre gastó una fortuna. Con los estudios fotográficos se hubiera llenado una galería: desde el imprescindible desnudo hasta el vestido de charro.

Le enseñó, además, bailes ridículos y chistes pesados que el pequeño interpretaba con torpeza notable.

—¡Mi amor, mi rey, mi dulce de leche! —gritaba sin importarle que la oyeran los vecinos.

En seguida:

—¿Verdad que es un rorro?

La vergüenza lo congeló por dentro.

¡El proceso de las comidas! Peor que el famoso de Landrú, o de Al Capone.

Primero, el biberón con aquella birria espesa que llevaba diez vitaminas: huevos, hígados, el puré de todos los cereales, miel de croto, yerbabuena, flor del pinto y vitiligo. Después, las gelatinas que, según creía la buena señora, con hojas de naranjo adquirían matiz alcohólico. Allá en sus mocedades bebió un ponche de hojas con piquete y se aferró a la idea de que son las ramas de azahar las que producen el alcohol, y cuidaba, siempre, de no excederse. En seguida, raciones de alpiste, entre advertencias:

—Escupe, querido, no te pases la carne, tú no la sabes tragar. No te gusta lo frío. Te hace daño caliente. Escupe, mi bien, escupe...

Y el niño no se quedaba con nada.

Era un adolescente asustadizo, de pálidos cabellos, con inverosímil aspecto de postre. La economía de sus labios lo mostraba totalmente de jamoncillo. La transparencia de la piel permitía admirar el reflujo de su sangre que, con el más leve pretexto, le hacía oleajes por el cuello. Bastaba un portazo, o que se hiciera añicos el cristal de una ventana para que con la ligereza de la leche, cuando hierve, le estallara el color en los oídos. Cuando el aluvión sanguíneo ascendía y

avanzaba hasta el cerebro, el detrimento de su voluntad era definitivo.

Su madre lo quería con un amor eléctrico que lo debilitaba más que una calentura. Al verlo tan frágil se entusiasmaba con él pensando que este hijo le pertenecía como su faja o su dentadura.

A pesar de todo el muchacho no era tonto. Su inteligencia de onda lenta registraba las ideas con retraso (no sabía pensar de golpe).

En todas partes su encogimiento le jugaba malas pasadas. En las aglomeraciones, si una obesa ponía sus kilos sobre su zapato, él permanecía bajo la aplanadora sin informar a la robusta que lo estaba volviendo oblea. Podía caerse el mundo antes que incomodarla.

En las fiestas, cuando animado por sus compañeros al fin se acercaba a alguna mujer bonita, se dedicaba a mirarle el rostro con tal arrobo, que la mamá o el hermano lo sacudían con una sonora cachetada, pues su maldito apocamiento lo doblaba hasta el escote de la chica.

Ni siquiera podía negarse a fumar aunque no lo acostumbrara. Igual sorbía puros que cigarros rusos y se quedaba con el humo en el cuerpo hasta tomar el color del celofán clarito.

Las niñas de la cuadra, aunque lo supieran insípido, se empeñaron en arrancarle una sonrisa; algunas arriesgaron sus pañuelos confiadas en su galantería, pero el infeliz se quedaba sobre la prenda convertido en herradura.

¡En cuántas ocasiones, flaco y entelerido, esperó el tranvía y dejó que pasara sin atreverse a incomodar al motorista! ¡En cuántas otras recorrió las esquinas en busca de viajeros decididos que justificaran la molestia!

Si subía a un autobús, era tal su azoramiento que saludaba de mano a los pasajeros y, confundido ante las miradas que caían sobre el rubor de sus orejas, se bajaba mucho antes de llegar a su destino.

En la escuela, al preguntar el maestro quién había roto los vidrios, su conmoción era tan intensa que parecía el responsable y siempre tenía el monedero en la mano.

Una vez se refugió de la lluvia en el quicio de una puerta; el sirviente de la casa abrió el portón, lo supuso pariente de la familia y lo hizo entrar. Armando, sin poder negarse, lo siguió hasta la recámara de la señora. Se le volvió un problema explicar en la comisaría que el criado lo introdujo hasta aquella intimidad y, al ser acusado de allanamiento de morada, por el marido furibundo, las disculpas resultaron increíbles.

Su madre pregonaba a los cuatro vientos que era un hijo sensible, lindo, delicado, el más inteligente y gracioso de todos los niños nacidos de señorita.

Una mañana, Armando hizo el inventario de sus desventuras y, como su vacilación le impidiera suicidarse, decidió algo definitivo.

En el pueblo no existían más que las lenguas que contaban la fuga del hijo descastado.

Desde entonces, la madre contaba interminablemente, entre sollozos, a sus amigas, las gracias de su ex-niño. De cuando escupía a las visitas y se sentaba en sus sombreros y, entre otras muchas monadas, aquella palabrota que sabía aplicar tan bien a las señoras... Luego, recordaba melancólica que de pequeño, cada diez de mayo, le entregaba una composición escrita con letra redondilla en donde hablaba incomprensiblemente de tormentas, del abrazo de los pulpos o de plantas venenosas que se alimentan con sangre y, la buena señora, tuvo la sospecha de que este chico raro no hubiera comprendido que el tema, en este caso, era el de la madre.